

HE dicho —y vuelvo a repetir— que el éxito o fracaso del Concilio depende de nosotros los cristianos. Fieles, clérigos y obispos somos quienes podemos hacer que el Concilio sea una realidad positiva para el futuro, o un fracaso.

Los textos están ahí. La doctrina del catolicismo ha sido plasmada para el siglo XX. Los principios eternos del Evangelio han tomado una expresión concreta, asequible a las mentes de hoy.

Pero «la letra mata y el espíritu vivifica» (S. Pablo). Ningún texto de los que tenemos ante nuestros ojos será nada, si no lo forjamos nosotros, encarnándolo en realizaciones concretas.

El Concilio está en nuestras manos.

* * *

Cristianos que están fuera de la Iglesia Católica han llegado a afirmar —a propósito de algunos esquemas conciliares— que no se puede pedir más al catolicismo.

Pero seamos conscientes de que el porvenir depende de nosotros. La religión en la que creemos no es un «triumfalismo»: nosotros no queremos hacer vencidos, sino convencidos. La simple proclamación de una verdad no debe servirnos para complacencia espiritual, sino de estímulo a la acción.

Obispos ha habido que se resistieron tenazmente a la aceptación de algunas enseñanzas que se debatían en el aula conciliar. Pero esto no debe extrañarnos, porque con su actitud han colaborado al esclarecimiento de la doctrina evangélica de cara a nuestro mundo, a los problemas de hoy; han fortalecido nuestros puntos de vista y, al mismo tiempo, nos han hecho profundizar en ellos.

Si no hubiera existido esta minoría, las cosas hubieran quedado mucho menos claras y superficiales. Era necesaria la oposición previa, para que no pueda darse la opinión posterior.

Como afirmó el Papa, dirigiéndose a nuestros obispos —como pudo haberlo hecho a otros episcopados—, reunidos en el Colegio Español: El Pontífice confía que serán los primeros en aplicar las decisiones conciliares, y sus más decididos defensores. Nosotros, precisamente porque alardeamos de tener una secular tradición religiosa, hemos de ser quienes más decididamente cumplamos el Concilio.

* * *

Un jerarca eclesiástico extranjero llegó a llamar al esquema de libertad religiosa: «El inconcebible esquema de la Libertad religiosa». E incluso afirmó —en una revista francesa traducida al castellano— que este esquema era «el caballo de Troya destinado a realizar esta operación contra el Magisterio tradicional de la Iglesia».

Pero este prelado, a pesar de su excelente celo de buena fe, se ha equivocado. Y hoy aceptará, como buen católico, lo que la Iglesia dice por su Concilio universal presidido por el Papa.

Sin embargo, no todo ha sido bueno en esta artillería que la reunión del Concilio desató contra algunas afirmaciones de la mayoría. Porque han llegado, a veces, al límite de la tensión, y eso sí que es peligroso, porque la cuerda puede romperse por su lado más flojo.

Yo creo —sin embargo— que el pueblo católico, en cualquier país, es el pueblo creyente en el Evangelio, que —con más o menos defectos— vive esa fe que les hace reconocer la verdad religiosa allí donde se encuentra (como decía San Buenaventura, el teólogo medieval).

Y ahora no tendrá ningún inconveniente en comprender que lo decidido por el Concilio es lo mismo que, confusamente, vivía él en el fondo de su corazón. Si es buen católico, y sabe superar sus prejuicios individuales o de grupo, comprenderá que lo que el Concilio le enseña, a pesar de su aparente novedad, es lo mismo que él tenía en lo más hondo de su corazón cristiano.

Hace ahora un siglo, el cardenal Newman dijo algo muy profundo. Refiriéndose a una doctrina enseñada como obligatoria por el Papa y el Concilio, afirmó: «Puede asegurarse que los católicos no creen esta verdad porque haya sido definida, sino que ha sido definida porque los cristianos creían ya en ella» (Apología. Londres, 1890).

Y eso es lo que hemos visto: el 90 por ciento de los obispos del mundo aceptaron desde el principio —por ejemplo— la libertad religiosa como un derecho básico de toda persona humana, y ahora es doctrina definitiva. Esa mayoría de jerarcas no operaron en el vacío sino que eran testigos de la fe de los creyentes, y votaron según ella. Los otros, obsesionados por sus ideas particulares, no tuvieron tan fina la vista para captar esa fe, que era un hecho más o menos explícito pero suficientemente patente a



TRIUNFO DEL CONCILIO

quien compulsase la realidad cotidiana del mundo católico, superando los estrechos límites de las cuatro paredes en que todos vivimos —a veces— encerrados.

Otro gran católico, San Francisco de Sales, agudo y sincero controvertista del primitivo protestantismo-ginebrino, describía así los Concilios: «En los Concilios generales se celebran grandes disputas, y se hacen indagaciones sobre la verdad, por medio de discursos, razones y argumentos sacados de la Teología; pero una vez discutida la cuestión, y una vez pronunciada la determinación por los Padres, es decir, por los obispos y especialmente el Papa, se detienen allí, conformándose a ella plenamente...; la resolución y equiescencia se verifican en el interior... donde el Espíritu Santo... habla por boca de sus pastores» (Tratado del amor de Dios).

«La discusión acaba, empieza la aceptación», como ha dicho Pablo VI.

* * *

Si todo esto es cierto —y sin duda lo es para un católico— nos encontramos con que la gran mayoría de los creyentes —cuya fe es base del Concilio— se han puesto, desde el primer momento, más a tono con él.

Esta es una gran realidad histórica que los cardenales católicos de nuestra edad contemporánea —Newman y Billot— pusieron de relieve. Newman, estudiando la herejía arriana que prosperó en el siglo IV, llegó a la conclusión siguiente, que debe hacernos meditar a todos —fieles y jerarcas de la Iglesia—: «El episcopado, cuya acción había sido tan pronta y coherente en el Concilio de Nicea, cuando nació el arrianismo, no hizo el mismo papel tras los acontecimientos posteriores al Concilio; pero fue el laicado quien mejor papel hizo. Tomados en masa, en toda la extensión de la cristiandad, los fieles católicos fueron los campeones obstinados de la verdad católica...».

No caigamos, por eso, en el gran mal de enfrentar al pueblo con la jerarquía. Hagamos un esfuerzo por comprender que todos tenemos una misma fe de base, y que ésta nos llevará a hacer realidad el Concilio.

No empecemos a inventar frases hábiles que desvirtúan el sentido claro de los textos conciliares, escritos de cara al mundo.



COURTELLE

fibra noble y práctica



Modelo en Courtelle de Escorpión

NOBLE:

Los jerseys de Courtelle son tan elegantes y tan suaves!
Destacan por sus modelos y colores de moda...

PRACTICA,

Los jerseys de Courtelle reúnen todas las ventajas modernas:
son ligeros, no se deforman ni se arrugan.
Son de fácil lavado, rápido secado, no necesitan plancha...
Resisten al pilling...

SUBRAYE SU ELEGANCIA CON

COURTELLE[®]



COURTAULDS GROUP - Distribuidor Exclusivo: Belmar, S. A. - P.º de Gracia, 11 - Barcelona

TRIUNFO DEL CONCILIO

Los dos Papas que han presidido esta magna asamblea católica han querido que hubiera dentro de ella una presencia de laicos católicos y de observadores no católicos, que conocieran la gestación y publicación de sus enseñanzas, porque ambos dirigentes de la Iglesia Católica querían que los textos fuesen un clamor que llegase directamente a todos, con un lenguaje asequible a los fieles católicos e incluso a los que están fuera de sus filas.

No busquemos complicar las cosas empezando a ennegrecer nuestra vista sencilla con procedimientos retorcidos y obediencias ciegas a quienes tienen derecho a mandar, pero individualmente no son infalibles: todos tenemos el deber ineludible de obedecer al Concilio, seamos fieles o pastores.

Hace años me impresionó grandemente una frase que leí en el gran amigo del Papa, y ahora cardenal, monseñor Journet, que revela el gran respeto que la Iglesia ha sentido —en su doctrina oficial— por el puesto responsable del seglar. «La actitud cristiana en presencia de un fallo eventual del poder jurisdiccional» de la Iglesia, ¿cuál debe ser?, se pregunta este teólogo tradicional. Y contesta que, si en un caso particular un jerarca diera una enseñanza errónea o una disposición normativa pecaminosa, estas prescripciones «serían de antemano anuladas por la prescripción superior del mensaje infalible».

Y San Juan de la Cruz —citado por este cardenal— decía: cuando los superiores religiosos «no tuvieran a nadie que se atreviera a advertirles y contradecirles cuando se equivocan...», hay que considerar que la orden está perdida totalmente y relajada».

Los seglares estamos llamados a hablar claro en la Iglesia. La constitución dogmática sobre ella, dice que el seglar «tiene el derecho, y en algún caso la obligación, de manifestar su parecer sobre aquellas cosas que dicen relación al bien de la Iglesia». Y esto debemos realizarlo «con reverencia y caridad», ciertamente, pero también «con veracidad, fortaleza y prudencia». Y no nos olvidemos que para Santo Tomás la prudencia no es una virtud tímida, que promedia todas las cosas o las suaviza, sino únicamente la que escoge los medios más adecuados para conseguir el fin que uno se propone; y por eso el Concilio la pone al lado de la franqueza y el coraje.

* * *

Hoy se está cumpliendo por fin un hondo anhelo de Pío XII: la creación de una libre opinión pública en la Iglesia, en aquellas cosas que no están definitivamente decididas.

Y esta opinión pública ha tenido una honda repercusión en la marcha del Concilio. «La Iglesia... después de todo es un cuerpo vivo, y le faltará algo en su vida, si la opinión pública le faltase» (17 febrero 1950). Lo habíamos olvidado demasiado hasta ahora; pero, en este momento de la Iglesia, es ya una realidad. En Roma me dicen que los teólogos hoy más en punta —K. Rahner, S. J.; Hans Küng, Schillebeeckx, O. P.— tienen más influencia que nadie en la Iglesia. ¿Por qué? Porque sus conferencias o escritos representan hondamente al mundo católico, y la opinión pública que crean es un elemento, la mayor parte de las veces, decisivo en la marcha actual de la Iglesia Católica.

Y esta opinión pública que tanto ha ayudado a la realización de los temas más delicados del Concilio, tiene que seguir actuando en una nueva tarea: que la aplicación de las decisiones conciliares sea una realidad concreta, y no se evapore en las nubes de simples consideraciones etéreas y sin nervio: eso que San Pablo llama con dura frase «prudencia de la carne».

* * *

Y despejemos un último malentendido: no temamos la desorientación del pueblo cristiano por estas nuevas decisiones del Concilio que a algunos les parecen demasiado renovadoras. El pueblo de Dios, el que sigue de corazón el Evangelio, aunque sea imperfecto, vive su fe no en las estructuras mentales anticuadas de mentores anticonciliares, sino en lo íntimo de su conciencia; y sabe que el Concilio está en línea de auténtico cristianismo.

Y si por error no lo pensase así, la culpa no sería de él, sino de quien no supo prepararle la mente a esta apertura conciliar, que pide el mismo desprendimiento que predicó Jesús, no sólo de la ambición excesivamente material, sino de los egoísmos y privilegios que ahogan nuestro sano sentido religioso.

«Este es el momento para el que cada uno debe disponer su espíritu», que es el «de la aceptación y ejecución de los decretos conciliares» (Pablo VI).

Roma, noviembre 1965

¡Asegúrese contra la lluvia!



El paraguas telescópico
de su confianza



Su elegante y cómodo
protector



Knirps: el auténtico paraguas
se reconoce por su punto rojo



Knirps: el paraguas telescópico alemán
que más se vende en el mundo